

## **CARTA 2 Sobre la baja producción de conocimiento en América Latina y su causa en los vicios de nuestra “cultura académica”**

Los latinoamericanos hemos trabajado durante las últimas décadas sobre el tema de la cultura política, intentando comprender algunos de los vicios que nos aquejan: caudillismos, dictaduras y corrupción. No hemos trabajado, en cambio, suficientemente sobre nuestra “cultura académica”, tan marcada por vicios como el “facilismo”, el “amiguismo” y la falta de transparencia, entre otros. Quiero poner énfasis en este concepto “cultura académica” o “cultura de la academia latinoamericana” para repensar la historia intelectual.

La razón que con más frecuencia se ha aducido para explicar la baja producción de conocimiento en América Latina ha sido la poca inversión, argumentándose que es muy baja en relación a otras regiones; correlativamente se argumenta sobre la inexistencia de una infraestructura tecnológica o comunicacional suficiente; se agregan en ocasiones también dificultades jurídico-políticas, como carencia de una institucionalidad y de una política científica. Me parecen razones muy cuerdas, pero creo que pasan por el lado la cuestión principal y que en buena medida las explica: la cultura académica y universitaria, que es la principal causa de la baja producción, como de la existencia de otras causas subordinadas.

Por cierto, numerosas conductas que cruzan el medio intelectual, atraviesan igualmente al medio político, económico o militar, entre otros. El facilismo, el cortoplacismo, la falta de transparencia y el amiguismo, la astucia del aparentar o la cultura de utilería y el caritativismo van en desmedro de la actividad intelectual como de las otras, lo que conlleva que se suponga que una inversión a largo plazo en ciencia y tecnología sería dinero perdido. Los agentes económicos, políticos o militares no creen en una academia que no ha sabido ganarse su respeto, como tampoco, por lo demás, creen en sí mismos. Existe sin duda un problema de confianza y de auto confianza, cuestiones que no se trata de crear artificialmente, sólo con campañas publicitarias. La academia latinoamericana no tiene suficientes resultados que exhibir para convencer al resto de la población. Para amplios sectores, la universidad está asociada con huelgas y disturbios y no con premios Nóbel ni con tecnologías para el bienestar de la población. El facilismo y el amiguismo conspiran contra la calidad, el aristocratismo contra la producción tecnológica y el purismo contra los acuerdos universidad-empresa (pública, cooperativa o privada).

Existe un sentimiento, una convicción, no se bien como llamarle, respecto a que nuestros estudiantes son cada vez peores: no leen, no captan lo poco que leen, no saben escribir... Por cierto, esto viene a reafirmar el bajo nivel de nuestro medio así como la crítica permanente que se deja oír respecto de las teorías pedagógicas, donde la vocinglerilla no puede ocultar que todas las mejores intenciones son enemigas de la buena educación. Pero ya sabemos que los viejos siempre creen que su tiempo fue mejor y aquí no hay excepción; dicen: “en nuestra época los jóvenes salían mejor formados del liceo”. Hay que ser críticos de este tipo de afirmaciones. Así y todo igual existe esa convicción y muchas personas creen tener buenas razones para sostenerla. Ser críticos no quiere decir desecharla, sino examinarla.

Me detendré en uno de estos vicios para mostrar que, mientras no se ataquen, la sola inversión no generará aumentos importantes en producción de conocimiento de alto nivel. ¿Que es el “facilismo”?

El facilismo consiste en satisfacer las exigencias de todos los objetivos pero recortándoles siempre alguna partecita: hacer clases más breves de lo que se estipula, leer menos páginas de lo necesario, hacer los trabajos sin cumplir con todas las condiciones y pidiendo además segundas y terceras oportunidades, argumentar siempre razones externas para justificar fallas y rebajar los niveles de evaluación. El facilismo es la base del “pacto de la mediocridad” que se establece entre los profesores y con los estudiantes. Por ejemplo, dado que los estudiantes siempre tienen problemas económicos, siempre tienen poco tiempo, siempre viven muy lejos de la universidad, siempre tienen otros cursos, siempre traen algún problema entonces hay que permitir que, en vez de mostrar sus conocimientos en las clases y en los exámenes, entreguen opiniones y en consecuencia, aprobarles aunque sepan poco y nada. Además, en muchas universidades comerciales debe aprobarse a los alumnos, pues de no ser así se corre el riesgo que se retiren y vayan a otra donde les venderán un título a cambio de menos exigencias todavía.

Esta es una de las causas que explican que en las evaluaciones internacionales, la educación de los países latinoamericanos figure en tan bajos niveles y que tanto preocupa a intelectuales, funcionarios, gobernantes y representantes de organismos internacionales. Las insistencias en el mejoramiento de la educación, y particularmente de la educación superior, son reiteradas. Las expresiones de Claudio Rama, desde la UNESCO, representan el sentir de muchas personas.

El pacto de la mediocridad entre profesores y estudiantes se entiende pues muchas veces los profesores preferimos regalar las notas para ser populares a la vez que para no ser descubiertos como malos pedagogos (esta es la astucia del aparecer); se entiende pues, para muchos profesores es más importante difundir valores religiosos o ideológicos que formar buenos profesionales; se entiende pues, muchas veces practicamos la generosidad (el caritativismo) que consiste en regalar las calificaciones en

vez de regalar nuestro tiempo enseñando más y mejor; se entiende pues, muchas veces los concursos están fabricados para los amigos (el amiguismo), los leales o los siervos y no para detectar a quienes poseen mayor capacitación profesional. Por cierto, el pacto de la mediocridad se corona con la regla de oro: un colega nunca debe ser mal evaluado.

El facilismo y todos sus corolarios explican que teorías pedagógicas innovadoras como las del diálogo sean interpretadas como conversar con los estudiantes y no exponerles las materias; que las teorías de la auto evaluación sean interpretadas como que los estudiantes deben poner sus propias notas sin mostrar lo que han aprendido y que aquellas teorías de la concientización sean interpretadas como que al estudiante hay que hablarle del mundo en que vive en vez de hacerle conocer lo que se ha acumulado a través de los siglos. La interpretación facilista de todas las teorías pedagógicas hace que los niveles de comprensión de lectura sean bajísimos en la región tan deficientes como la formación básica en matemáticas, según exámenes internacionales realizados en decenas de países de diversos continentes; ello hace también que una persona que ha cursado la universidad en Chile maneje menos información escrita que una persona que ha cursado la educación secundaria en Nueva Zelanda, Portugal, Irlanda o la República Checa. Ello explica igualmente la mínima cantidad de población altamente competente en manejo de información en Chile: menos de la mitad del porcentaje de Portugal, la octava parte que Irlanda y un catorceavo de Finlandia (Véase J.J. Brunner, *Chile: Informe e índice sobre capacidad tecnológica*, Universidad Adolfo Ibáñez, Santiago, 2001).

Todo lo dicho anteriormente se entiende mejor cuando se constata que en la cultura académica latinoamericana, frecuentemente, la ética se ha ubicado fuera del quehacer académico e incluso en ocasiones, contra éste. Ha existido la propensión a pensar que la actividad universitaria es o un lujo o un ocio y que la tarea verdadera es atender otras realidades, allí donde se juegan las urgencias de la existencia. Algo como esto es seguramente lo que Ricardo Melgar-Bao ha querido decir cuando afirma que la identidad profesoral, del investigador y del estudiante, se divorció de la ética del saber y del ser. Ha sido frecuente el llamado a poner a la universidad al servicio de valores sociales o religiosos. La ética del quehacer intelectual con calidad y honestidad no ha sido frecuente. La ética del trabajo bien hecho debe estar en la cultura latinoamericana tan devaluada como la honestidad respecto de los dineros públicos. El facilismo intelectual, que es hermano de la “chapucería” en lo económico, del “aventurerismo” en lo político, de la renuncia al profesionalismo en lo militar y del “sensiblerismo milagrero” en lo religioso, ha marcado la cultura latinoamericana. Debemos tomar en cuenta la diferencia entre Gandhi, con su densidad, su compromiso, su confianza de largo aliento, y los aventureros y petarderos vanidosos, que utilizan la intriga, agotándose en el cortoplacismo, aunque después de ellos venga e diluvio.

Podría preguntarse si la intelectualidad y la cultura latinoamericanas han fallado en cada uno de estos puntos. En cierto grado sí han fallado, como todos los seres humanos respecto a los ideales que se han propuesto. Pero no se trata de una discusión metafísica o existencial, sino de la simple constatación que es necesario mejorar en cada uno de los aspectos y que debe golpearse cada uno de los infinitos puntos del círculo vicioso para quebrarlo y así hacerlo virtuoso. Los señalados son los que parecen claves y deben tenerse particularmente en cuenta en esta reforma.

Estas ideas podrían expresarse de manera mucho más sofisticada, yéndonos por el camino del no-ser-siempre-todavía. He querido emplear el lenguaje natural y los valores básicos de nuestra cultura, para ubicar el problema en un terreno común y no gastarse en discusiones conceptuales o de método que, en este caso, no proceden. El tono que me inspira, guardando las distancias del talento, es el de prosa de Gabriela Mistral.